

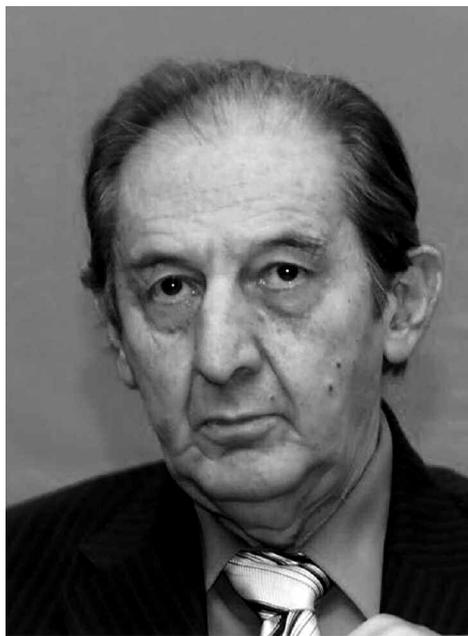
A veces prosa

Eduardo Lizalde: honor del poema

Adolfo Castañón

A Eduardo Lizalde se le ha llamado espontáneamente “El Tigre”. Él mismo ha titulado su obra poética *Memoria del tigre, Nueva memoria del tigre*. El felino ha sido en su obra tema y sujeto, lugar y método. Le viene esta memoria de las lecturas de Borges y de Blake, de Lugones y de López Velarde pero antes y sobre todo de la contemplación —éxtasis e introspección— de la fuerza felina. Se ha dicho que Eduardo Lizalde es uno de los poetas mexicanos más altos de México y del orbe en general del habla hispana. Por su abierta voluntad de estilo y su parsimoniosa imaginación lírica tiene afinidades impensadas con figuras como la de Antonio Gamoneda, y entre el *Manual de flora fantástica* y el *Libro de los venenos* se podrían dibujar no pocas redes afines. En la obra de Eduardo Lizalde se hace cuerpo, se incorpora y mimetiza la historia de la poesía mexicana. Su vasta y asombrosa partitura poética dialoga con José Gorostiza (*Cada cosa es Babel*) con Jaime Sabines y Efraín Huerta (*La zorra enferma*), con López Velarde, Paz, Borges y Villaurrutia (*El tigre en la casa*), con Rilke y Ernesto de la Peña: (*El libro de las rosas*). El jardín encantado de su obra tiene la profundidad del bosque y la fuerza de la selva, pero después de todo, es un jardín, es decir un espacio imaginario cultivado, un lugar ameno trazado con amorosa paciencia como una geografía de letras capaz de miniaturizar la historia de la lírica mexicana e hispanoamericana. Y su voz misma —grave y de bajo tenor educado en un conservatorio— llama la atención del oyente: es la voz de un señor que tiene aliento de abismo y de quebrada, pero que es también capaz de inéditas ternuras y rarezas sensitivas.

Eduardo Lizalde, nacido en 1929, vigoroso octogenario en 2009, es un poeta que



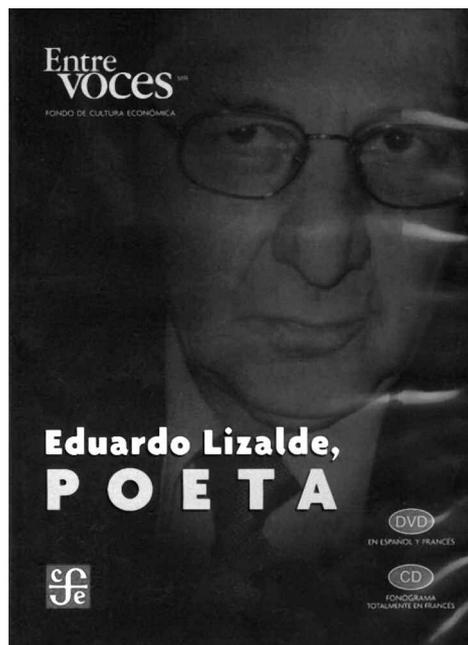
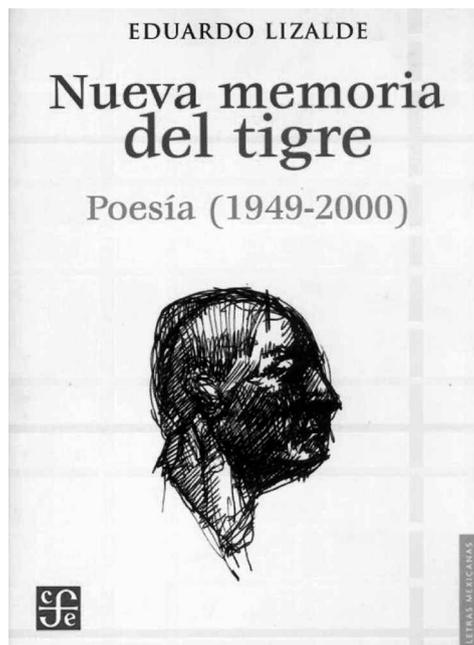
Eduardo Lizalde

se encuentra entre la generación de Octavio Paz, Efraín Huerta y Alí Chumacero. Más próximo a Rubén Bonifaz Nuño, a Rosario Castellanos y a Jaime García Terrés. Se inicia como cuentista con el volumen *La cámara* (1960). Ha escrito ensayo y novela (*Siglo de un día*, 1994); ha traducido del alemán a Rilke y ha leído a Ludwig Wittgenstein; ha escrito una historia de la ópera en México, que le tomó acaso la longevidad. Su pasión por la historia y por la filosofía ha alimentado la creación de una obra literaria donde Lizalde acrisola la herencia de otras voces y, al igual que la de Paz, su escritura devoradora lo ha llevado a trabajar incesantemente en la voz de los otros que él —buen jardinero— ha sabido transplantar a su propio jardín, a su propio terrario poético sin perder nunca de vista o, mejor, de oído, su propio acento. Lizalde ha buscado la verdad de la poesía en la verdad del poema, el canto en *El destino del canto*, para citar el título que Rubén Boni-

faz Nuño —uno de sus maestros— dio a su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua. Su *Tablero de divagaciones* reúne una obra crítica donde se repasan y desfilan ya no sólo la obra de otros poetas sino la historia de la literatura mexicana que él ha sabido vivir en letra y palabra propias. Como su figura emblemática y electiva, Lizalde, el Caballero Tigre de la poesía mexicana contemporánea, se distingue por su elegancia y su inteligencia, por su silenciosa y sutil eficacia. ¿La crueldad del tigre? Lizalde la ha practicado sobre su propia sombra y entraña, como muestran sus más recientes poemas donde se da una indagatoria sostenida, tan inquietante como fulgurante, en torno a la vocación poética.

En la poesía de los más jóvenes, la obra de Lizalde ha ejercido una profunda seducción. Las obras de un David Huerta o de un Jorge Fernández Granados, entre los más maduros, lo muestran.

Al decir de Ernesto de la Peña es Eduardo Lizalde un “cosmófago”: Y él mismo lo reitera en diversos poemas. Lector de poesía que ha sabido hacer de su propio oficio lírico una lección permanentemente renovada: lector de poemas que escribe poemas y, desde luego, cómo no, traductor, lector enamorado en su propio hacer del decir cautivo de los otros. El poeta brasileño Haroldo de Campos acuñó una voz apropiada para definir un oficio como el de Eduardo Lizalde: transcreación, creación a través de la traducción: Rilke, William Blake, Verlaine, Baudelaire, secretamente Théophile Gautier y también transcreación dentro del propio idioma: Neruda, Borges, Paz, Huidobro, Gorostiza, Leduc, Sabines, Díaz Mirón. Y en el horizonte, como un zumbido de fondo, como un inaudible armónico, el filo ater-



ciopelado de la música y en particular de la ópera, y de la canción popular. Lector de poesía y de poemas, dotado de una poderosa voz natural, Lizalde sería un intérprete ideal y aun un recitador natural. Y precisamente por la inmediatez de esta tentación, Lizalde ha sabido resguardar su voz de la elocuencia forense —aunque no haya desdenado diversos cargos públicos que ha cumplido con parsimoniosa elegancia. Fascinado desde muy joven por las joyas y tesoros de la lengua, y en particular por la retórica —esa dama de los espejos que decía Jean Paulhan—, Lizalde hizo del conocimiento de las vanguardias literarias y artísticas no un saber exterior, sino una experiencia: las vivió en primera persona con disciplinado fervor. Esta disponibilidad, vida, sensitiva y orgánica a los diversos ismos declinados por el oleaje vanguardista cristalizó en los espacios conceptuales del llamado “poeticismo”, nombre de un misceláneo bagaje cuyos comunes denominadores serían la formalización y cuyos integrantes pueden ser considerados hasta cierto punto, y sólo hasta cierto punto, reveladores de las facetas potenciales del poeta Eduardo Lizalde: Arturo González Cosío, Enrique Gon-

zález Rojo, Marco Antonio Montes de Oca y más alto en la periferia el prosista y poeta Juan José Arreola: alfiles, torres, caballos del tablero insomne en que el cubilete lanzado por el poeta busca una y otra vez cancelar la providencia a través de la perfección...

A la amplia pero sobre todo solvente obra poética de Eduardo Lizalde la imanta o enerva, la despierta o la embriaga el deseo de perfección de las formas soñadas —como la rosa o el tigre—, emblemas de un anhelo del poema ideal, del poema arquetípico soñado. Además de su apetito estrictamente formal, la alimenta un impulso irrefrenable hacia la ciudad y la socialización. Más allá de momentáneas o profundas coincidencias temáticas con poetas como Jaime García Terrés, Gerardo Deniz, José Emilio Pacheco, Efraín Huerta, Homero Aridjis o Jaime Labastida, en Lizalde se da una franca apertura hacia la ciudad cultural y cultural en que aflora el poema: están presentes y lo acompañan Luis Cardoza y Aragón, Jaime Sabines, José Luis Cuevas, Carlos Fuentes pero, ante todo, las presencias singulares de Salvador Elizondo y de Octavio Paz, figuras a las que el poeta les dedica poemas y versos, dialoga con ellas

y, al hacerlo, descubre también la extensión de su propio camino, la anchura de su dominio que aspira a miniaturizar —nada menos— en su arquitectura y urbanismo el cosmos. No le pueden ser ajenos los temas de la ciudad y los de la política y, antes o atrás, tampoco le pueden ser extrañas las cuestiones asociadas a la ética —tan próxima de la estética—, a la teología —tan próxima de la filosofía, a la cual este poeta de cuerpo completo está irrevocablemente llamado a ver *también* como un arte de la fábula, como una *farmacia* cuyas peligrosas medicinas sólo él, el sacerdote y el filósofo sabrían dar buen uso. Bajo los ropajes y atuendos vistosos, bajo la clamorosa hojarasca de Babel, el poeta sabe que hay un silencio irreductible, un dolor intransitivo cuyo exorcismo cumple como para dar continuidad al rito inmemorial de la palabra, a la figura del poeta siempre dispuesto a volver al terreno del sentir y del sentido común. Como lo ha dicho él mismo en las palabras que improvisó durante el homenaje que le tributaron Vicente Quirarte y Ernesto de la Peña: “Ya es un honor ser llamado poeta en una tierra como la mexicana de grandes poetas”. U

A la obra poética de Eduardo Lizalde la imanta o enerva, la despierta o la embriaga el deseo de perfección de las formas soñadas.